

Cómo dar una buena clase.

Estrategias, experiencias didácticas y desafíos emocionales

Salvador Gómez y José Cabeza

Editorial Alba

Barcelona, 2024, 159 p.

ISBN: 978-84-1178-029-2

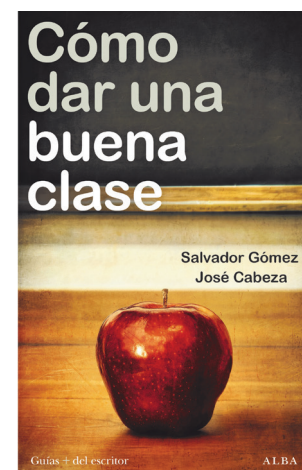
POR RAQUEL QUEVEDO REDONDO

Profesora titular

Universidad de Valladolid

raquel.quevedo.redondo@uva.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6219-3237>



Cómo citar:

Quevedo Redondo, R. (2024). Aportar en la docencia [Reseña del libro *Cómo dar una buena clase. Estrategias, experiencias didácticas y desafíos emocionales*, por S. Gómez y J. Cabeza]. *Quaderns del CAC*, 50, 177-178.

doi: <https://doi.org/10.60940/qcac50id431866>

Aportar en la docencia

El conocimiento es poder, y esta sentencia baconiana es la base sobre la que se asienta, entre otras muchas cosas, la autoridad del docente que comparte su dominio de una materia con un alumnado anhelante de estímulos. Tradicionalmente, el estudiante universitario reverenciaba al profesor que se distinguía por la cuidada preparación de sus clases, sin confundir el deseo de motivar con el de entretener, la ironía con la mofa, ni el ejercicio de la firmeza con el autoritarismo. En la sociedad actual, sin embargo, los límites pueden parecer difusos y el docente, a menudo, transita con más miedo a ser tildado de soberbio que de bufón bajo la lupa tirana de las encuestas. No hay duda de que entre los estilos fronterizos existe una amplia gama de grises, pero, a pesar de todo, nunca está de más contar con una guía amiga para ampliar dicho conocimiento y reafirmarse en el tipo de profesor que somos (o que queremos ser). Y si tal guía llega en forma de lectura amena, con invitaciones a cavilar —sin autocompadecerse ni flagelarse—, anécdotas y consejos para no perder de vista lo importante, el manual se torna en referencia imprescindible.

El libro titulado *Cómo dar una buena clase*, escrito por los profesores Salvador Gómez y José Cabeza, rescata al docente *náufrago* y lo devuelve a tierra firme con frases certeras y capítulos encabezados por extractos de la novela *Robinson Crusoe*. No ofrece soluciones para formar con éxito a los graduados del mañana, pero sí acompaña al lector en una reflexión necesaria y, en ocasiones, solitaria. “Eso no es poco” (p.19), aseguran a este respecto los autores, alejándose del tono formal que impregna buena parte de sus publicaciones. Gómez y Cabeza hacen de este modo un aporte que rebasa lo estrictamente académico, uniendo a compañeros de todas las disciplinas bajo el paraguas de una de nuestras actitudes

más humanas: la duda; la pregunta constante... Ante tal escenario, se entiende que desde la misma introducción de la obra se abran interrogantes tan elementales como “¿para qué sirve una clase?”, “¿cómo dar una buena clase?” y, sobre todo, “¿qué necesitas para dar una buena clase?”. Huelga decir que las respuestas no se intuyen a bote pronto, sino que uno comienza a distinguirlas conforme repara en la importancia de la humildad, la planificación, el liderazgo bien encauzado y la resistencia a la tentación de convertir cualquier oportunidad de ser escuchado en un “agujero negro de conceptos” (p. 60).

Si algo deja patente este ensayo publicado por Alba es que, aun renunciando al tradicional formato de la lección magistral, encender la atención de los alumnos en un mar de pantallas es complicado. Ni siquiera las técnicas de *storytelling* cuidadosamente estudiadas por quien participa en todos los cursos posibles de innovación docente son una fórmula infalible ni garantía asegurada de éxito (si es que esto puede medirse sin atender al engañoso número de aprobados en una asignatura), por mucho que poner en valor el arte de relatar ayude a reparar en los recursos que los profesores tenemos para conectar con la audiencia. “¿Nos vas a aportar algo?”, cuentan los autores que inquirió una alumna en la presentación de una clase. Y aunque el protagonista de esta historia descubriría pronto que la pregunta sólo guardaba relación con un interesado afán por contar con los apuntes de la materia por adelantado, la joven estimuló durante unos segundos la emoción del docente, haciéndole a continuación recordar la máxima de trabajar para que “los alumnos sean mejores que la versión que te llegó a ti [...] Y, por supuesto, de ser mejor tú” (p. 40).

El libro objeto de reseña ha sido redactado a cuatro manos, pero la unidad parece total en el estilo, intencionalidad y perspectiva sobre aquellos aspectos destacables inherentes a la sustancial tarea de impartir docencia. Esto no quiere decir

que Gómez y Cabeza piensen lo mismo en relación con las distintas cuestiones que abordan, y ése quizá sea uno de los principales atractivos de la obra. Los autores discrepan, por ejemplo, sobre el nivel de permisividad que se ha de tener con los estudiantes que tratan de entrar al aula con la lección ya iniciada y, pese a que no llegan a resolver en este punto quién tiene razón por su exposición de motivos o lo certero de sus argumentos (en ningún caso se persigue eso), la disyuntiva ejemplifica a la perfección que preparar una clase implica tomar ciertas decisiones individuales, ser coherente con uno mismo y aprender de la experiencia como aprendemos del valor de los silencios prolongados para acallar los murmullos durante una explicación. Sólo hay que ser consciente de qué es lo que nos funciona en cada momento y probar a modificar lo que no da buen resultado, pues no es lo mismo la reafirmación justificada sobre algunos de los métodos tradicionales que aplicamos que el conformismo manchado de tiza.

En el camino que se recorre durante más de 150 páginas, tiene cabida desde la valorización de la ironía como recurso hasta la descripción de anécdotas que permiten entrever —y desdramatizar— momentos puntuales de hartazgo o desesperación. En ningún momento, eso sí, se infiere que el proceso de escritura sea el resultado de un desahogo a dos voces, sino más bien de largas conversaciones fructíferas y distendidas entre dos colegas de profesión. En este contexto, poco o nada tiene la propuesta bibliográfica de manual de autoayuda, por mucho que gran parte de los epígrafes inspiren motivación e inspiración, incluso, con reflexiones emocionales que facilitan al lector reconfortantes dosis de comprensión. Lejos del fin de las páginas que empoderan y refuerzan la autoestima, el libro que aquí se recomienda invita a la autocrítica cuando censura, entre otras prácticas, la irresponsabilidad de priorizar el entretenimiento del público sobre su formación, por “la supuesta inutilidad y agotamiento de las clases magistrales” (p.99). ¿Hay que innovar? Claro, pero con sentido.

Por último, en el apartado titulado “Después de muchas clases...”, la lectura ensalza el denostado poder de saber cuidar, también, en la docencia. A través de 20 claves para evitar “heridas” en el aula, se hace una propuesta de curación con elucidaciones que recuerdan cómo, aunque la autoridad del docente se diluya fuera de los límites físicos del aula, su responsabilidad excede tales fronteras. Esto, por suerte, “también es bonito” (p. 155) y, gracias a la propuesta honesta de Gómez y Cabeza, lo que debería ser un mantra para el profesorado consta hoy por escrito. Pasen y lean.